

LIBROS CÚPULA



En librerías desde el 2 de junio de 2021

AUTOR DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

Lola Escudero / T. 619 212 722 / lescudero@planeta.es

LIBROS CÚPULA



ALBERTO MANZANO JIMI MORRISON

CUANDO
LA MÚSICA ACABE
APAGA
LAS LUCES

La biografía de Jim Morrison, líder de los Doors, el cuarteto de Los Ángeles que revolucionó la historia de la música. El próximo 3 de julio de 2021 se cumplen 50 años de su desaparición.

50 años después de la 'supuesta muerte' de Jim Morrison, ocurrida el 3 de julio de 1971 en París y envuelta en el más profundo misterio, este libro quiere celebrar la vida del músico-poeta y cantante de los Doors, cuya obra, filosófica, esotérica y transgresora, inmersa en el ardor de la contracultura norteamericana y los estertores del hipismo, trató de liberar a la gente de su limitado modo de ver y sentir la vida a finales de los años 60.

The Doors fue uno de los grupos más importantes e influyentes de la historia del rock, la primera banda norteamericana que consiguió 5 discos de oro consecutivos.

Jim Morrison fue un poeta y artista de excepcional personalidad, provocador y controvertido. Murió a los 27 años, pasando a formar parte del *Club de los 27*, vidas fugaces pero extraordinarias, del que forman parte también Jimi Hendrix, Janis Joplin, Kurt Cobain, Robert Johnson, Brian Jones y Amy Winehouse, todos fallecidos prematura y trágicamente a esa edad.

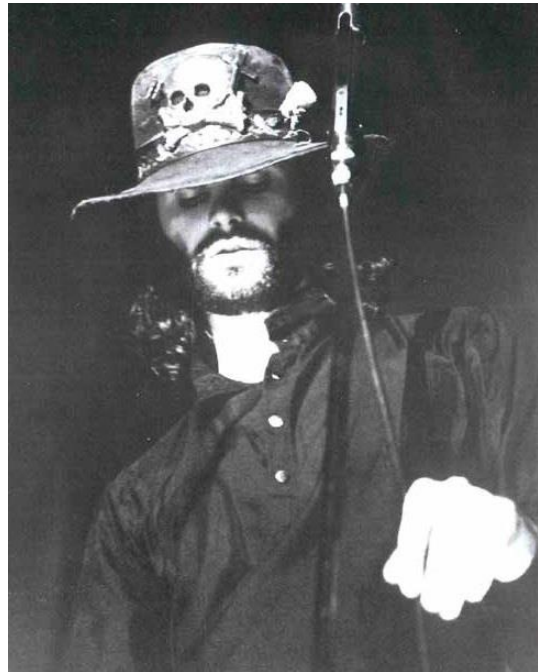
«Morrison seducía físicamente mientras rapsodiaba, pero su encanto estaba articulado a una vena intelectual, enigmática, imprevisible, que dejaba al público patidifuso. Era puro teatro musical, teatro poético del bueno. Jim fascinaba a la vez que conmocionaba, era un ángel con piel de cuero negro, salmodiando largos hechizos, eructando violentas imprecaciones suplicantes, interpretadas con un dramatismo que realizaba la teatralidad del grupo.»

LIBROS CÚPULA

LA VIDA DEL REY LAGARTO

Jim Morrison, cantautor y poeta estadounidense fue mucho más que el vocalista de la mítica banda de rock *The Doors*. Con su personalidad excepcional y sus actuaciones únicas, es considerado por los críticos y admiradores como un icono de la rebeldía y la contracultura juvenil. Las circunstancias dramáticas que rodearon su muerte, en 1971 en París, le convirtieron en una leyenda

Conocido como “El Rey Lagarto” (The Lizard King), Morrison fue un personaje siempre controvertido, y su banda, *The Doors*, potenció desde sus inicios, en 1966, una reputación de actuaciones siempre impredecibles. Morrison tuvo sonados encontronazos con la justicia americana, sobre todo en marzo de 1969, cuando fue arrestado por una supuesta exhibición de sus 'partes íntimas' en un concierto en Miami. El incidente desprestigió a la banda, obligándoles a suspender muchos conciertos y gastar una astronómica cantidad de dinero en abogados. *The Doors* fueron 'perseguidos' por todo el país y acusados de pervertir a los jóvenes, pero aun así, el grupo regresó a los escenarios para presentar su quinto álbum, *Morrison Hotel*, donde volvieron a mostrar la cara más 'salvaje' de *The Doors*.



Con los juicios pendientes y ante el riesgo de ser condenado a prisión, en 1971 Morrison decidió abandonar la música, refugiarse en París y dedicarse por completo a su verdadera vocación: la poesía. Morrison sería autor de tres poemarios: *The Lords*, *The New Creatures* y *An American Prayer*.

Su muerte, o 'desaparición', estuvo rodeada de un absoluto misterio: supuestamente, el cuerpo de Morrison fue encontrado en la bañera de su piso en París por su 'compañera cósmica', Pamela Courson. El médico que firmó el acta de defunción declararía que la causa de la muerte había sido un paro cardíaco, pero hay versiones que hablan de suicidio o asesinato, aunque la versión más aceptada es que fue debido a una sobredosis de heroína. Nadie, excepto Pamela, pudo ver el cadáver, lo cual alimentó el misterio. Su tumba en el cementerio de Père-Lachaise es uno de los lugares más visitados de París.

MÚSICA QUE SUENA EN LA CABEZA

Aunque lo que estaba a punto de ocurrirle no estuviera preconcebido en su ideario, Jim era consciente de que la música que sonaba dentro de su cabeza le estaba pidiendo salir: «Creo que la música vino a mi mente antes que nada, y entonces me inventaba una letra que encajara con la melodía, algún tipo de sonido. Podía escucharlo, pero, al no poder anotarlo musicalmente, la única forma de recordarlo era poniéndole letra. Y muchas veces terminaba la letra y ya no me acordaba de la melodía». **Jim no tocaba ningún instrumento, pero tenía una gran facilidad para componer melodías, que cantaba con su tosca voz. (...)** Sin embargo, una vez escritas las canciones, Morrison tenía que cantarlas. O explotar. Su mente era una especie de olla a presión.

LIBROS CÚPULA

En agosto, llegó su oportunidad. Se encontró con Ray Manzarek paseando por la playa de Venice.

–¡Eh, tío!

–Hola, Ray, ¿cómo te va?

–Bien. Creía que te habías ido a Nueva York.

–No, me he quedado por aquí. Estoy viviendo con Dennis [Jacobs]. Estoy escribiendo.

–¿Escribiendo? ¿Qué escribes?

–Nada del otro mundo –dijo Jim–. Unas canciones.

–¿Canciones? –preguntó Ray–. Me gustaría oírlas.

Con los ojos completamente cerrados, Jim se recogió en sí mismo, y, balanceando su delgado cuerpo como la vela de una barca arrullada por el oleaje mientras dejaba caer arena entre sus dedos, empezó a cantar la primera estrofa de «Moonlight Drive».

Las palabras salían lentas y cautelosas.

Nademos hasta la luna

Subamos por la marea

Penetremos la noche

Que la ciudad adormece para esconder

Es fácil amarte

Cuando miro cómo te deslizas

Cayendo entre húmedos bosques

En nuestro paseo a la luz de la luna

«Moonlight Drive» («Paseo a la luz de la luna»)



Cuando hubo terminado de cantar, Ray dijo: «Es la letra más increíble que he oído en mi puta vida. ¿Por qué no montamos un grupo de rock'n'roll y ganamos un millón de dólares?». «Exacto –contestó Jim–. Es lo que he estado pensando todo este tiempo.»

QUEREMOS EL MUNDO Y LO QUEREMOS YA

Aprendizaje directo en los clubes. No hay trampa ni cartón. Y Morrison, sin haber sido nunca uno de esos aficionados que pululan por las bandas, se ha convertido, de la noche a la mañana, en un cantante de rock, o, lo que sería más correcto, un cantante de *talking blues* –«blues hablado»–. Pero Morrison aún no las tiene todas consigo. Canta de espaldas al público, de cara a los músicos, engullendo los sutiles punteos de la guitarra Gibson de Krieger, la monótona finura jazzística de la batería de Densmore, el piano eléctrico-bajo, casi eclesiástico, de Manzarek, intentando crear entre todos un ensamblaje de banda, una cohesión de unidad sin fisuras, o, en palabras de Ray, «para concentrarnos interiormente y dirigir la energía, desarrollar una “mente común”».

Después de varios meses ensayando a diario, y ahora tocando en directo, los Doors estaban empezando a conocer las posibilidades musicales de cada uno de ellos, empezando a acercarse a la perfección de la estructura musical del conjunto. Y Morrison no era precisamente una comparsa, Morrison, sin ser músico, no solo era el creador de las melodías, sino «la voz cantante». «La música de los Doors intenta devolver el orden al caos que yo traigo con las palabras –diría–. Porque la poesía está muy cerca de la música, y, cuando escribes un

LIBROS CÚPULA

poema, tienes que estar en un estado mental que es el mismo al que te lleva la música, con esa cualidad hipnótica que te deja libre para improvisar, que deja al subconsciente expresarse hasta donde quiera ir. Claro que admiro a los poetas que se suben a un escenario sin micrófono y recitan sus poemas delante de un montón de gente. Pero, en mi caso, la música me da una seguridad que hace que me exprese más fácilmente.»

Los Doors están aprendiendo a «conocerse», y Morrison a «cantar», con una voz ronca, entre tenor y barítono, pero sensual, una especie de rapsoda carismático. Por supuesto, todos van de ácido hasta el culo, pero Jim, además, lleva los bolsillos repletos de amobarbital –un barbitúrico con propiedades hipnótico-sedantes que distorsiona la percepción sensorial–. El propietario del London Fog no tarda en hartarse de la jerga que utiliza Morrison –tan acorde con el público y el local donde los Doors están actuando– y decide echar a aquella pandilla de «colgados». Sin embargo, Ronnie Haran, la programadora del club más importante de Los Ángeles, el Whiskey A Go Go, situado a escasos cuarenta metros del London Fog, les propone que hagan de teloneros para los cabezas de cartel de la sala –Them, Paul Butterfield Blues Band, Turtles, The Animals, Buffalo Springfield, Captain Beefheart, etcétera– la noche del lunes.



THE DOORS. UNA BANDA SUBVERSIVA

(En pleno movimiento hippie) los Doors eran un extraño híbrido de padres desconocidos, de vocación marginal e intelectualismo teatral, que no tenían nada que ver con el incienso, las flores y la «hierbabuena», y se caracterizaban por un sonido próximo al blues-rock –en las antípodas de grupos británicos como los Rolling Stones o los Cream de Clapton, Baker y Bruce–, quizá con cierto paralelismo remoto al blues pantanoso de Creedence Clearwater Revival, representantes de la posibilidad comercial de lo primitivo enraizado en los cimientos del rock’n’roll. Pero, definitivamente, los Doors eran otra cosa.

Por otro lado, si para estar «en la onda» de los cielos de mermelada de San Francisco debías situarte al margen –ser un *hippie*–, para entender a los Doors no era necesario ningún tipo de militancia, pues su música se basaba simplemente en el blues, y su revisión hacia el *rhythm’n’blues*. Y, aunque el blues urbano pronto iba a marcar a casi la totalidad de los grupos de rock de los años sesenta, si algo singularizaba a los Doors era su espíritu transgresor, desesperado y puramente doliente –propio del sufrimiento de la raza negra esclavizada–, una especie de detonante que los convertía en una banda subversiva. Para estar con ellos, solo debías colocarte en la cara oculta, invisible, desconocida, «negra», de la luna, y, curiosamente, frente a los luminosos parámetros paradisíacos que circundaban a los Doors, en pocas semanas, su álbum de debut sorprendía a propios y extraños, alcanzando el número 2 en las listas de éxito.

LIBROS CÚPULA



UN SEX SYMBOL DEMONIACO

Jim simulaba ser un ángel viril –o un dios demoníaco–, un sex symbol provocando a las huestes con el lenguaje violento de su cuerpo, buscando la fiesta dionisiaca, el alborozo orgiástico, explosiones de histeria colectiva. Pero, evidentemente, no era solo eso. ¿Acaso el cantante perseguía únicamente el deleite de la libido? ¿Alguien se paraba siquiera a escuchar sus letras? *«Normalmente, el público suele concentrarse demasiado en mi órgano reproductor –replicaría Jim–, y no se detiene a pensar que también soy un espécimen macho, joven, sano y hermoso que, aparte de unos brazos normales, piernas, costillas, tórax, ojos, tiene una cosa que se llama cerebro, un ser humano completamente equipado, con cabeza, sensibilidad, todo el kit. Pero, aunque creo que soy una persona inteligente, también reconozco al payaso que soy, un payaso que siempre me fuerza a cagarla en los momentos más importantes.»*

CONCIERTOS Y DISTURBIOS

Era evidente que los fans sabían lo que debían esperar de un concierto de los Doors: disturbios y trascendencia. Y si eso no ocurría, por lo menos tendrían la oportunidad de ver al Rey Lagarto actuando como solo él sabía. Los Doors ofrecían un espectáculo único, estrafalario, nunca visto. Pero, **para Morrison, cuanto más claro resultaba que sus letras y la música eran lo de menos para sus fans, más estallaba su frustración dentro y fuera del escenario.** Se había cansado de las expectativas de su público. En los primeros tiempos, la gente acudía a los conciertos con la mente abierta, pero ahora solo se contentaba si era testigo de lo que le habían contado, lo que se suponía que le habían prometido. Los Doors se habían convertido en algo más grande que la vida misma, y su relación con el público se estaba volviendo menos realista en cada nuevo concierto. Los **Doors ya no eran solo un grupo de rock, eran, sobre todo, un espectáculo sexual. El desprecio solo había servido para añadir un espectáculo accesorio a la atracción principal.**

(...)

En 1969, los Doors eran el grupo de rock más importante en Norteamérica. Se negaban a actuar en locales con un aforo menor de diez mil personas y cobraban 35.000 dólares por noche.

LIBROS CÚPULA

MORRISON HOTEL. 1970

En marzo de 1970, todas las revistas musicales del país certificaban que el quinto LP de los Doors era disco de oro –era la primera banda norteamericana de rock que conseguía cinco discos de oro consecutivos–. El editor de la revista *Creem*, Dave Marsh, escribía: «Los Doors son la banda de rock and roll más terrorífica que he escuchado nunca. Cuando son buenos, son simplemente invencibles. Este es el mejor disco que he escuchado en mi vida». También *Rock Magazine* se deshacía en alabanzas: «Me dicen que Morrison ya no es sexy, que se está volviendo gordo y viejo. Pero en un disco no se ven las barrigas, sino que se oyen las pelotas, y el quinto álbum de los Doors es el que está hecho con más pelotas, el mejor de los Doors hasta la fecha».



Asimismo, la revista *Circus* sentenciaba: «*Morrison Hotel* es probablemente el mejor disco de los Doors, y hará nuevos adeptos a la fe Morrison. Buen rock duro y depravado, uno de los mejores discos publicados en esta década».

LA MISTERIOSA MUERTE DE JIM MORRISON

Era el primer día de julio y el calor en París era infernal. Jim no tenía un buen día. De hecho, había vuelto a caer en un abismo de terrible desánimo. Llevaba mucho tiempo bebiendo y ahora intentaba dejarlo de una vez por todas. Estaba hundido en la silla frente a la mesa del comedor, esperando que le llegara la inspiración para escribir algo que hiciera honor a su fama, pero la musa no aparecía. Alan Ronay –que se había instalado en el apartamento de Jim y Pamela– no le había visto nunca tan deprimido, y Pamela estaba asustada. Se turnaban para distraerle, pero sin éxito.



Finalmente, el viernes por la noche –2 de julio–, Alan consiguió que los tres salieran a cenar a una terraza cerca del piso. Pero Jim no quería que nadie cargara con su depresión, y permaneció callado durante toda la cena.

Unas horas después, Morrison envió un telegrama a Jonathan Dolger –su editor en Simon & Schuster–, para plantear un cambio en la portada de la edición en rústica de *Los señores y Las nuevas criaturas* –se habían vendido quince mil copias en tapa dura–. Quería sustituir la foto del «joven león» de Joel Brodsky por una imagen más poética –en la que aparecía con barba, tomada por Edmund Teske-. Después, acompañó a Pamela a casa, y se fue solo a ver una película.

Adónde fue Jim después del cine, o si llegó a ir al cine, son meras especulaciones. Las diferentes versiones de esa noche están llenas de contradicciones. Algunos dicen que se fue al club Rock'n'Roll Circus, donde pilló algo de heroína y se chutó una sobredosis en el lavabo del club –lo cual es poco probable dado que Morrison nunca se pinchaba debido a su miedo a las agujas, aunque esnifaba caballo y solía pillar heroína para Pamela–, y que, ya cadáver, lo sacaron por la puerta trasera y lo dejaron en su piso, dentro de la bañera. Otro supuesto fue que Jim dejó a Alan y a Pamela en el piso y se fue directamente al aeropuerto, donde le vieron

LIBROS CÚPULA

subir a un avión, con rumbo desconocido. O quizá fuera a ver la película y después volviese al piso, donde se sintió indispuerto y le dijo a Pamela que iba a darse un baño. Esta es la versión más extendida. Según Hervé Muller: «Pam y Jim tenían la intención de instalarse en Francia. Pam me había dicho que querían comprar una iglesia vieja, que no costara más de cien mil dólares, y hacer de ella una casa. Pero, en los últimos días, Jim tenía problemas respiratorios y había llegado a toser sangre, de modo que visitó a un médico. Aquella noche se había despertado con los mismos síntomas.

Una vez que le pasó la crisis, le dijo a Pam que se iba a tomar un baño caliente, y Pam se volvió a dormir. Cuando se despertó y fue al cuarto de baño, encontró a Jim muerto en la bañera con una media sonrisa en los labios». Pero, pasara lo que pasara aquel viernes por la noche, lo cierto es que el lunes, 5 de julio, empezaron a circular rumores de que Jim había muerto.

El miércoles por la tarde -cinco días después del supuesto fallecimiento-, el ataúd fue enterrado en Père Lachaise -un cementerio que Jim había visitado recientemente para ver las tumbas de otros rebeldes y soberbios artistas: Apollinaire, Édith Piaf, Oscar Wilde, Balzac, Isadora Duncan, Bizet, Chopin. Y ahora, junto a ellos, la de Morrison, cuyo deseo de anonimato le había conducido finalmente bajo tierra, sin que nadie, absolutamente nadie, hubiera visto su cadáver, excepto Pamela. Pero, cuál sería la razón por la que Pamela decidió cerrar el ataúd para que el cadáver de Morrison no fuera visto por otras personas, sigue siendo un absoluto misterio. ¿Qué señales revelaba el cadáver que fuera preferible no ver? ¿Acaso Jimi Hendrix y Janis Joplin no habían muerto por una sobredosis? ¿Qué vergüenza había en aceptar que Morrison hubiera muerto por la misma causa? Cinco personas asistieron al entierro: Pamela Courson, Bill Siddons, Alan Ronay, Agnès Varda y Robin Wertle -secretaria de Morrison en París-. Tiraron flores sobre la tumba y le dijeron adiós. En el epitafio de su lápida se leería: «Según su propio *daimon*». *Daimon* es un término originario de la antigua Grecia referido a un dios menor o espíritu guía; los *daimons* eran vistos como las almas de los hombres que actuaban como deidades tutelares. Una traducción más convencional sería: «Fiel a su propio espíritu». Los padres de Jim no quisieron hacerse cargo del cadáver.

(...)

Jim Morrison había fallecido el mismo día que Brian Jones -dos años después-, y varios meses después que Jimi Hendrix y Janis Joplin. Los cuatro tenían veintisiete años. Igual que el gran bluesman Robert Johnson (1911-1938), igual que Kurt Cobain (1967-1994), igual que Amy Winehouse (1983-2011).

Muchos años más tarde, la gente todavía se pregunta: ¿está realmente muerto Jim Morrison? Y ¿cómo murió?



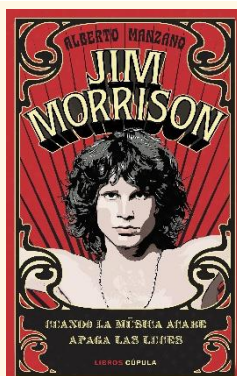
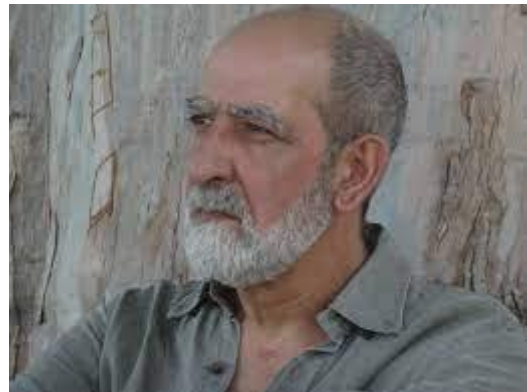
LIBROS CÚPULA

ÍNDICE

Como la cáscara de un huevo, la frágil mente de un niño
Edipo Rey
Notas sobre la visión
Las puertas
Queremos el mundo, y lo queremos ya
El verano del amor
Días extraños
Alejandro Magno
La celebración del lagarto
El desfile blando
Jacinto

EL AUTOR: ALBERTO MANZANO

Alberto Manzano es poeta, traductor, biógrafo y ensayista. Ha publicado más de quince libros en torno a la obra de Leonard Cohen entre las que destacan *Leonard Cohen, La biografía* (Cúpula, 2009), y *Leonard Cohen y el zen* (Luciérnaga, 2018), *Aleluya. Mística y religiones en el rock* (Cúpula, 2021) y ha adaptado al castellano numerosas canciones del bardo canadiense para ser interpretadas por Enrique Morente, Duquende, Argentina, Mayte Martín, Rocío Segura, etc. en los discos *Omega* (1996), *Como un corazón* (2016) y *Acordes con Leonard Cohen* (2007). Como poeta, tiene cuatro libros publicados (*El reino de la pobreza*, Hiperión, 2016, es su último poemario), a la vez que, en el ámbito de la traducción, ha trabajado en más de un centenar de libros (Bukowski, Rumi, Basho, Rimbaud, D.H. Lawrence, Bob Dylan, Jim Morrison, Suzanne Vega, Patti Smith, Tom Waits, etc.). Fue amigo personal de Leonard Cohen desde 1980 hasta su fallecimiento.



JIM MORRISON.

Cuando la música acabe, apaga las luces

Autor: Alberto Manzano

Editorial: Libros Cúpula

Formato: 15 x 23 cm 400 pp

Tapa dura sin s/cub. (cartoné)

PVP c/IVA: 21,50€

A la venta el 2 de junio 2021

Para más información a prensa

Lola Escudero. Libros Cúpula

Tel: 91 423 37 11 - 619 212 722

www.planetadelibros.com - @libroscupula

lescudero@planeta.es